

CAPÍTULO XI

Historiadores políticos. — Ciencia de la guerra.

Era imposible que los grandes intereses de aquella época no encontrasen en medio de tantas almas frívolas é irreflexivas quien se propusiera referirlos dignamente, quien se consagrara á meditar sobre la naturaleza de los accidentes y á buscar su encadenamiento.

También los mejores historiadores pertenecen á Florencia. Jacobo Nardi, habiéndose formado en la traducción de Tito Livio, escribió con mucha inteligencia las vicisitudes de su patria desde el año 1492 al de 1531, mostrándose rico en sentencias, casto en la expresión. Su calidad de desterrado contribuyó á que se manifestase tan enemigo de los Médicis como amigo se mostró Felipe Nerli, que adelantó seis años mas en su historia. Bernado Segni, de condicion noble (1588), narró los acontecimientos de los tres años en que Florencia estuvo libre para hacer ver «cuáles eran las costumbres de los ciudadanos florentinos durante la libertad, á fin de que la posteridad no cifre muchas esperanzas en la gloria y dulzura de la vida de los libres.» Corrector escritor, aunque falto de elegancia, pertenecía al partido moderado, y estaba asociado con el gonfalonero Nicolas Capponi, cuya vida escribió. Continuó luego su historia hasta la toma de Siena, advirtiéndose en ella escaso arte para urdir las intrigas y enlazar los pasajes, pero mucha candidez así en el alma como en el estilo. Benito Varchi principiando en la última proclamación de la libertad florentina, llega hasta el ducado de Cosme I; no había sido testigo de los hechos como los tres historiadores precedentes, sino que escribió teniendo á la vista documentos nuevos, ó conforme á las noticias que le dió por medio de cartas Juan Bautista Busini (1). Recibía un estipendio de los Médicis, como recompensa de tal ocupación; pero no supo decir ni callar lo suficiente para dejarlos contentos, é hizo lo bastante para que suprimiera su libro. Prolijo, cansado y sin habilidad para elegir las circunstancias, se le lee, sin embargo, por el constante amor que manifiesta á su patria. Refiriendo todas las minuciosidades, todos los discursos, nos traslada verdaderamente en medio de aquellos últimos hombres libres; y aunque no dice qué artes contribuyeron á arrancar la libertad y sustituir en su lugar la paz, esto es, la esclavitud, las deja entrever.

Escipion Ammirato de Lecce tampoco fué servil, á pesar de escribir por orden de Cosme I;

gon, Láura Batiferra, Láura Terracina, Silvia Bandinelli y Clara Matriani, estas dos últimas naturales de Luca...

Véanse CHIESA, *Teatro delle donne letterate*, y LUISA BERGALLI, *Raccolta delle più illustri rimatrici d'ogni secolo*.

(1) Estas importantes cartas fueron impresas en Pisa por Rossini, en 1822.

su obra comprende desde la fundación de Florencia hasta el año 1574, y también la genealogía de las familias de aquella ciudad. Tomó por modelo al mas inimitable de los autores antiguos, á Tácito. El discurso de Don Vicente Borghini sobre la historia florentina está lleno de erudición. El Veneciano Juan Miguel Bruto acompañó á Estéban Batori á Polonia; fué nombrado en Praga historiógrafo de Rodulfo II, y parece murió en Transilvania. Para evitar la tentación de venderse, se acostumbró á una vida frugal, é inspirado por los fugitivos, se encargó de vengar á los habitantes de Florencia de las calumniosas adulaciones de Pablo Jove, revelando los inicuos medios que emplearon los Médicis para acabar con las libertades patrias. Habiendo visto muchos países, pudo elevarse á consideraciones mas vastas que los pedantes á sueldo, cuyas lisonjas corrigió con su odio. Jacobo Pitti nos ofrece la mejor relación desde 1494 á 1529, compilando á menudo los antecedentes, pero con juicio, prodigando á los Médicis aquellas alabanzas que pocos tenían el valor de rehusar, pero á que no debía resignarse el que hizo la apología de los Capucci y el elogio del gobierno florentino en los tiempos de Soderini, reprobando á Maquiavelo, á Guicciardini y demas autores vendidos.

Francisco Guicciardini observó una conducta torpe en los negocios de su patria. Esperó casar á una hija suya con Cosme, nuevo señor de Florencia; pero él, Vettori y los demas apoyos de aquella tiranía fueron recompensados con el desprecio, y quizá con alguna cosa peor; y el rencor de la ambición burlada y del orgullo humillado amargó sus últimos días. Entónces, Guicciardini, parte para justificarse, parte para transmitir á los siglos venideros su nombre con ajena alabanza, trató de llevar á cabo una obra meditada de antemano en el tumulto de los negocios, esto es, la historia de Italia desde la bajada de Carlos VIII á aquel territorio.

Actor en las vicisitudes que narró, juriscónsul, embajador, guerrero, empleado en los gobiernos de la Romanía, teniente general del ejército pontificio contra Carlos V, posee las dos cualidades necesarias á un historiador perfecto; sabe ver y sabe decir. Escudriñador de los corazones y versado en los manejos de mal género, observa con vista perspicaz, y aplica rectamente las observaciones generales. Rico en íntimas relaciones y en juicios propios, hace una viva pintura de la política y de la sociedad; pintura horrible en que no reconoce virtud, religion ni conciencia, sino solo ambición, interés, cálculo, envidia. Difícilmente se encontrará otro autor moderno que se acerque tanto como él á los antiguos por la magnificencia de la exposición, el estilo constantemente majestuoso, y la viveza de las descripciones. Pero la imitación de los autores antiguos le lanza á veces á la retórica; escribía primero los hechos, reservándose insertar luego los discursos, concluidos tan artificiosamente y que nadie

Guicciardini.
1492-1540.

lee; de suerte que en los últimos cuatro libros, apenas bosquejados, hay tanta escasez de ellos como superabundancia en los cinco primeros, extremadamente elegantes. La imitación le arrastra á veces á usar no solo palabras y frases oscuras, sino sentimientos que hoy son ó incomprendibles ó ridículos (1). Al paso que da importancia á cosas frívolas, omite hablar de otras importantes; entreteteje y recarga tanto los períodos, que hace poco un editor se ha fatigado por desenredarlos de algun modo; su perpétua prolijidad, aunque puede ser útil para corregir la manera de escribir que tienen los modernos en párrafos cortos, dista sin embargo mucho de la rapidez que exige la narración histórica (2). No obstante, tenemos que aprender bastante de nuestro mas insigne historiador, y sobre todo, que la retórica no es suficiente para encubrir la perversidad de los príncipes ni las bajezas de los autores.

Segun se ve, no se trata ya de historiadores que se leyesen solo por los hechos y no por su mérito especial, como sucedía en las edades precedentes y continuaba sucediendo entre los extranjeros, sino de verdaderos literatos, que dedican singular esmero á la perfección de sus obras, además de los que no se cuidaban sino del arte, como el Florentino Pedro Francisco Giambullari (1564), que expuso retóricamente los acontecimientos generales de Europa desde el siglo IX, y que por lo mismo es tan apreciado de las escuelas que separan el pensamiento de la palabra.

El cargo de historiógrafo de la república veneciana fué creado para Sabellico, escritor muy mediano y venal, al que sucedió Andres Navajero. Este continuó la narración hasta 1498, y no habiéndola terminado, mandó que se quemase; pero segun puede juzgarse por la traducción italiana, verdadera ó fingida que existe, es una de las historias mas apreciables. Pedro Morosini emprendió la refundición en italiano, tanto de la obra de Navajero, como de la de Pedro Giustiniano, que siguió la relación en latin hasta 1565, y despues nuevamente hasta 1575; pero no llegó sino á 1486, donde principia Bembo; y como no cita las fuentes donde bebía, su autoridad es escasa. Pablo Paruta, que refirió la guerra de Chipre, expuso en italiano los hechos desde 1513 á 1552. Habiendo adquirido grande experiencia en los negocios y en las intrigas públicas, escribió discursos políticos con ideas no vulgares sobre la grandeza y decadencia de Roma. Merece singular re-

1538.

(1) Al principio del libro XIV dice: «La cual (Italia) habiendo permanecido en paz cerca de tres años, aunque dudosa y suspensa, parecia tener al cielo, al hado propio y la fortuna, ó envidiosos de su tranquilidad, ó temerosos de que (gozando de mas largo descanso) recobrase su felicidad antigua.»

(2) Trajano Boccalini, en sus ingeniosas *Noticias del Paraiso*, introduce un Espartano, que por haber dicho en tres palabras lo que podia decir en dos, es condenado á leer á Guicciardini. Despues de recorrer algunas páginas, pide ir á presidio ántes que sufrir el suplicio de tal lectura.

flexion el capítulo en que se discute «si las fuerzas de las alianzas son á propósito para ejecutar grandes empresas.»

Marin Sanuto, excelente historiador y estadista, anotó diariamente desde 1495 á 1531 todo lo que aconteció en la república dominante. «Trato (dice) de los sucesos de Italia, y por consiguiente de todo el mundo en forma de diario... en honor de Venecia, mi patria, y no por premio que me haya dado la república, como á otros que sin embargo nada ó poco escriben.» Se apoya en documentos públicos y privados, y expone sus sucesos personales, importantes como ciudadano partícipe que era de la soberanía. El consejo de los Diez permitió á Sanuto servirse del archivo «y de aquellas cartas que vienen á ser avisos de novedades que ocurren en varias partes del mundo, segun de día en día vayan enviándolas nuestros oradores ó rectores, despues que habian sido leídas en Pregadi, y con tal que no se mandare expresamente que se retengan secretas, á fin de que pueda componer dicho diario con fundamento (1).» Se están imprimiendo sus *Vite dei dogi* (vidas de los duces); pero cincuenta y ocho grandes tomos en folio, escritos de su mano, que dejó al consejo de los Diez, único patrimonio de una familia ducal y soberana de Náxos y otras islas del Archipiélago, fueron llevados á la Biblioteca de Viena, donde están ahora (2). Constantemente se mantuvo en la oposición; mas su deseo de que se conservasen las antiguas instituciones patrias, le hacía rechazar las mejoras de la época.

Agustin Giustiniani escribió en italiano los Anales de Génova, sin arte, pero con mucha verdad, no destinándolos á ver la luz pública. Huberto Foglietta, uno de los latinistas mas puros, muestra siempre vivo ingenio en los dos libros *De la república de Génova*, y declama contra la nobleza; lo que le valió ser desterrado. Habiendo sido acogido en Roma por Hipólito de Este, escribió los elegios de los Genoveses y la historia patria hasta 1527, pero sin documentos. La de Bonfadio desde 1528 á 1550, en cinco libros, es clásica, y retrata fielmente las agitaciones de aquella república, de la cual puede decirse que tuvo mejores historiadores que historia. La primera completa se publicó en Ambéres el año 1579 por Pedro Bizaro de Sassoferrato en treinta y tres libros, si bien está escrita de segunda mano, habiéndose separado viciosamente los hechos exteriores de los interiores.

Benvenuto de San Jorge, conde de Biandrate, redactó en latin una historia exacta de Monferato, sirviéndose de los archivos que tenía á su

(1) Esto sirve de refutación á la envidia atribuida á los Venecianos. Se hizo á Bembo la misma oferta, y se contentó con pedir los tales diarios. Pero en los archivos del consejo de los Diez, se encontró el ejemplar primitivo de la historia de Bembo, mutilado por el indiscreto celo de un pintor.

(2) *Ragguagli sulla vita e la opere di Marin Sanuto detto JUNIORE, veneto patricio, etc.*, RAWDON BROWN. En tres partes. Venecia, 1838.

1466-1531.

disposicion. La de Nápoles, compuesta por Angelo de Costanzo en veinte libros (1250-1489), está escrita con un estilo puro aunque lánguido, es monótona y no revela viveza de ingenio; su principal mérito consiste en los documentos que inserta. Camilo Porzio narró la conjuración de los barones contra Fernando I, episodio estimado, y Juan Bautista Adriani la historia de toda Italia desde 1536 á 1574.

Pablo Jove (ó Giovio) de Como, obispo de Nocera, trazó en buen latin, aunque no purísimo, con mas extension el cuadro de su época (1494-1547). Su posicion le permitió conocer muchos hechos ignorados por otros; pero son cabalmente aquellos en que se le da ménos crédito; pues siendo muy venal, todo se vuelve en él panegiricos ó diatribas. Duda de la generosidad, y se empeña en justificar las malas acciones de sus héroes; cae asesinado el obispo de Pavía, y Jove le lanza una invectiva para disculpar al duque de Urbino; Gonzalo hace traicion al duque de Valentinois, y Jove busca excusas á su crimen; y como le advirtiesen una vez que habia escrito con falsedad, contestó: « Dejad que corra, seguro de que dentro de trescientos años, todo será verdadero. » Han trascurrido los trescientos años, y se le ha arrancado aquel laurel que crece con las contradicciones de los fuertes y el llanto de las víctimas (1).

Su hermano Benedicto dió una historia mediana de Como; Juan Bautista Pigna, natural de Ferrara, escribió la de los príncipes de Este; Polidoro Virgilio de Urbino la de Inglaterra por orden de Enrique VII, obra tan mezquina como su tratado *De inventoribus rerum*; Pablo Emili de Verona redactó para Luis XII la Historia de Francia hasta 1489, introduciendo cierto orden en la antigüedad con la critica que consentia la época, y durante algun tiempo fué tenido por el mejor texto.

Lúcas Contile, historiador diligente y claro, si bien poco animoso, se elevó al tratar de las divisas é insignias á ideas algo mas generales. Hizo la corte á la marquesa del Basto y á Victoria Colonna, á quien dedicó la *Nice*, poema poco casto, en que compara la virtud de ella al vellocino de oro y á las manzanas del jardin de las Hespérides, custodiadas, en vez de dragon, por sus hermosos ojos, de los cuales no pudieran triunfar sino Jason ó Hércules. Valeriano Pierio trató acerca de los jeroglificos como entonces era posible, y tambien de las antigüedades de Belluno y el infortunio de los literatos, obra capaz de triplicarse actualmente, agregándole, lo cual él no hizo, las miserias naturales á la humanidad. Juan Guidiccioni de Viareggio, obispo de Fossombrone, hombre excelente é ingenio, que reunia sentimientos cristianos y patrióticos, acompañó como nuncio á Carlos V á África, y en sus *Cartas* nos dejó preciosas

(1) Carlos V, que deseaba verse alabado por Jove y Sleidan, los llamaba sus dos mentirosos, pues uno decia de él demasiado bien, y otro demasiado mal.

noticias de los negocios que se agitaron en su época (1480-1551). Han llegado á nosotros en el mismo género muchas relaciones de embajadores, especialmente Venecianos, que además de sus proyectos estadísticos, contienen preceptos y aplicaciones de política y economía.

No es mi objeto mencionar los historiadores particulares de cada hecho ó de cada ciudad, entre los cuales no sabría cuál siguió una senda nueva, ó marcó con huella poderosa la antigua: todos esperaban un grande ingenio que se sirviese de ellos como de otros tantos materiales para escribir una historia de Italia. Rara vez presentan documentos, les falta la suficiente critica para apreciarlos, y se apasionan por el país ó por el hombre de que tratan; sin embargo, en general, aman ménos la anécdota que en el siglo precedente, porque no es tanta la vida pública. Los latinos aparecen en escala inferior, en razon á cuidar especialmente de las formas, y los que buscan en ella la historia, la encuentran desfigurada y sin aquellos pormenores que forman su carácter.

Á la historia le quedaba un gran progreso por hacer, y era pasar de las impresiones individuales y de los hechos inconexos á la accion general, de los hombres á las fuerzas políticas, al acuerdo de los elementos sociales. Tal fué la direccion que le comunicó Nicolas Maquiavelo, el cual, en el cuadro que precede á sus *Historias florentinas*, aunque imperfecto y defectuoso, lanzó su mirada á las causas lejanas de los acontecimientos, y fijó su atencion en los puntos principales, omitiendo hablar de los pormenores ineficaces. Aunque no fué un grande observador, tenia abundante dosis de juicio práctico para juzgar la utilidad de los hechos; era un estadista activo y especulativo, gran diplomático y escritor insigne, pero no daba una importancia proporcionada á todos los elementos de la vida social: las bellas artes y la literatura, verdadera gloria de su patria, apénas aparecen en medio del choque de las espadas y de las intrigas de los gabinetes.

En los *Discursos sobre las Décadas de Tito Livio*, no se muestra crítico ni historiador; no comprueba los hechos; léjos de notar los misterios del gobierno romano, ni siquiera sospecha su existencia, pero tomó pasajes de su autor, como hacian entonces los predicadores para que sirviesen de texto á los discursos sobre varias materias. No hay, pues, que ir á buscar allí la historia antigua, sino continuas aplicaciones y el conocimiento de los hombres y de la sociedad. En lo cual no aspira, como Montesquieu, á producir efecto, presentar antítesis y sostener temas caprichosos con documentos elegidos al acaso ó de intento, sino que se muestra convencido por experiencia propia, no importándole alcanzar ó no fé. Para él la única gloria es obtener buen éxito, y el mejor instrumento la fuerza, sea la de Esparta para conservar, ó la de Roma para conquistar. Reniega del derecho;

Maquiavelo
1469-1527.

reniega tambien de Cristo sustituyéndole no sé qué religion astrológica; reniega del progreso; diciendo que « si se quiere que una secta ó una república viva largo tiempo, es necesario hacerla retroceder á menudo hácia su principio (1). » Segun él, la humanidad, sometida al influjo de los astros, pasa en un círculo inevitable del bien al mal y al contrario (2), y en el órden político de la monarquía á la aristocracia, de esta á la democracia, hasta que la anarquía trae de nuevo en pos de sí al rey.

Claridad, brevedad, eficacia, tales son las dotes constantes de su estilo, tanto mas dignas de elogio cuanto mas raras eran en su época: por lo demas, carece de arte; no se encuentran en sus obras reminiscencias clásicas, lo cual fué causa de que se supusiese que no sabía latin; y sus períodos son á menudo defectuosos, buscando únicamente la fuerza. Como poeta, además de las comedias donde mostró cuánto podia mejorarse el gusto nacional, escribió las *Decenales*, imitacion mezquina de Dante, refiriendo los hechos contemporáneos. En el *Asno de oro*, que no recuerda sino por el título la ingeniosa sátira de Luciano, finge que se ha extraviado en un bosque, donde una mujer le salva de los monstruos y le conduce á un serrallo de animales alegóricos.

Habiendo nacido en Florencia de una ilustre familia, cuatro años despues de entrar en los negocios, fué nombrado secretario de la guerra en el consejo de los Diez, y se mantuvo allí por espacio de diez y ocho años, hasta que cambió la Señoría, y la entrante le depuso. Habiendo sobrevenido los Médicis, por sospechas fué encarcelado y sometido al tormento; resistió al verdugo, pero no á los halagos del príncipe, *buen padre*, á quien desde la prision escribió

(1) *Décadas*, III, 1. Véase nuestro juicio en el tomo I, pág. 6, y en el tomo III, pág. 8. « Maquiavelo, en vez de darnos las *Historias florentinas*, como se titula su libro, solo escribió la historia de las *ambiciones florentinas*. El estado económico y moral de aquel pueblo se encuentra en tal postracion, que no se advierte la diferencia entre el siglo de los Médicis y de los Buonalmonti y los Amadeos. » ROMAGNOLI. *Dell' indole e dei fattori dell' incivilimento*. Parte II, §. 3.

(2) « Las mas veces las provincias, en las mutaciones que experimentan, suelen pasar del desórden al órden, y luego del órden al desórden; pues no siendo dado á las cosas humanas detenerse, en cuanto llegan á su última perfeccion, no teniendo mas que subir, es preciso que desciendan; y del mismo modo cuando han bajado y tocado, á consecuencia de los desórdenes, el último grado de la bajeza, no siéndoles posible descender mas, es necesario que suban: así del bien se baja siempre al mal, y del mal se sube siempre al bien. » *Storie*, lib. V.

El rey que contribuyó á la division de la Polonia, hizo la refutacion del *Príncipe* en el *Anti-Maquiavelo*, y decia: « Le Prince de Machiavel est en fait de morale ce qu'est l'outrage de Spinoza en matière de foi. Spinoza s'appait les fondements de la foi, et ne tendoit pas moins qu'à renverser l'édifice de la religion; Machiavel corrompt la politique, et entreprit de détruire les préceptes de la saine morale. » Les erreurs de l'un n'étoient que des erreurs de speculation, celles de l'autre regardoient la pratique. » Napoleon se expresaba del modo siguiente: « Tácito ha escrito no velas; Gibbon es un gritador; Maquiavelo es el único autor legible. » De Prat, *Ambass. en Pologne*. Cuando Napoleon cesó de estar de moda, se imprimió un libro titulado *Machiaveli, commentato da Buonaparte*. (Paris, 1816.

versos en tono suplicante, y dirigió excusas (1). Restablecida la república, le despreció como adicto á los Médicis; cuando estos volvieron al mando, Maquiavelo se valió de amigos y mujeres para obtener un empleo, y no contento con el que le concedieron, continuó quejándose sin saber acomodarse á la fortuna y mantener su dignidad. Entretanto tenido por hombre extravagante y de opiniones singulares (2), vivia siempre en discordancia con los demas, siendo el corifeo de la gente de buen humor, enamorado á los cincuenta años (3), y escribiendo malas comedias. Le escribian de Florencia: « Como no estáis ahora aquí, no se oye hablar de juego, de tabernas ni de otras cosas por el estilo »

En medio de esta alegre vida, mostraba su agudeza dando pareceres acerca de la condicion de la Italia en aquella época, ó iba á una de las muchas cofradías devotas, y á su vez recitaba allí un sermón, tomando por texto el *De profundis*, y concluyendo por exhortar á la penitencia, y á « imitar á San Francisco y á San Jerónimo, de los cuales el unc, para reprimir la carne y quitarle el poder de despertar en él inicuas tentaciones, se revolcaba entre zarzas, y el otro, llevando el mismo objeto, se laceraba el pecho con una piedra.... Pero nosotros (añadía) estamos engañados por la lujuria, sumidos en los errores, y envueltos en los lazos del pecado; el diablo nos tiene entre sus manos, y para librarnos de ellas, conviene acudir á la penitencia, gritar con David: *Miserere mei, Deus*, y llorar amargamente con San Pedro. » De tal manera predicaba quizá poco ántes de salir á cantar la siguiente serenata:

Abre á tu amante las cerradas puertas...
Deje el orgullo de empañar tu faz;
Sigue de Venus y su corte el reino...
Si eres piadosa, encontrarás piedad.

La burla y la incredulidad constituyen, pues, el fondo de sus opiniones, y su objeto es lograr

(1) ARTAUD los publicó por la primera vez, con el título de *Machiaveli, son génie et ses erreurs*, Paris, 1833 donde trata de disculpar al autor.

(2) Guicciardini le escribe lo siguiente: « Tanto mas cuanto que habiendo vos profesado siempre, *ut plurimum*, distinta opinion de la comun, y siendo inventor de cosas nuevas y que no se acostumbran ver, pienso, etc. » 18 de mayo de 1521.

(3) El 31 de enero de 1514 escribia á Vettori, enviándole un soneto amoroso: « No pudiera responder de un modo mas adecuado á vuestra última carta sobre la foca, que dirigiéndoos este soneto, por el cual veréis que traza se ha dado el bribonzuelo Cupido para encadenarme, lo cual ha hecho con tal rigor que desespero de verme libre, y no concibo cómo podria ser. Diré mas; si la suerte, ó cualquiera acontecimiento humano, me indicase un medio para desembarazarme de mis cadenas, no lo pondria en ejecucion; tan dulces, ligeras y pesadas las encuentro sucesivamente, formando una mezcla, sin la cual conceptúo no poder vivir contento. Dúeleme que no os halléis presente para reiros, ora de mi llanto, ora de mi risa; placer que experimentarais, queriendo nuestro Donato, el cual, en union de la amiga de quien os he hablado otras veces, son los únicos puertos y refugios de mi navecilla, que las continuas tempestades han dejado sin timon ni velas. No hace dos dias que podia yo decir como Febo y Dafne, etc., etc. » En cuanto á sus obscenas cartas á Vettori, que llevan sus fechas de enero y febrero de 1513, basta con indicirlas.

un buen resultado. Para abrirse camino y contraer méritos, tomó á su cargo enseñar á Julian el modo de conservar su reciente dominio, y al efecto escribió el *Príncipe* (1); pero despues

(1) La siguiente carta destruye las extrañas conjeturas que se han hecho acerca del origen y objeto del *Príncipe*:

« Permanezco en la quinta, habiendo estado apénas en Florencia veinte dias para combatir mis últimas desgracias. Hasta ahora he ido á la caza de tordos, levantándome ántes de amanecer: con un haz de jaulas al hombro, me parecia al Geta que vuelve del puerto con los libros de Anfrion: he cogido lo ménos dos, lo mas siete tordos. Así he pasado todo setiembre: despues esta diversion, aunque bastante extraña, ha llegado á cansarme; mi vida es cual voy á decirlo:

« Me levanto con el sol, y me dirijo á un bosque cuya corta he ordenado; allí estoy dos horas, que empleo en examinar las obras del dia anterior y conversar con los trabajadores, que tienen siempre alguna desgracia que contar, ó acacia entre ellos, ó procedente de alguna rencilla con sus vecinos. Dejando el bosque, voy á una fuente y de allí á la caza de pájaros, con un libro bajo del brazo, por ejemplo, Dante ó Petrarca, ó uno de los poetas menores, tales como Tibulo, Ovidio, etc. Leo sus pasiones amorosas, sus amores me recuerdan los míos, y me gozo algun tiempo en esta idea. Despues me traslado á la hospedería, hablo con los transeuntes, me dan noticias de sus respectivos países, oigo algunas cosas, y anoto varios gustos y diferentes fantasías. Entretanto llega la hora de la comida, y como con los míos de aquellos manjares que mi pobre quinta y mi pequeño patrimonio permiten. Despues de comer, vuelvo á la hospedería; el huésped, por lo comun, es un carnicero, un molinero, dos herreros. Con ellos me entretengo todo el dia jugando á los naipes ó al chaquete, y se originan mil disputas en que se dicen palabras injuriosas; las mas de las veces el interes es casi nulo, y sin embargo, los gritos son como si se tratase del negocio mas importante. Entregado á esta vida miserable, distraigo mi mal humor, y alivio la malignidad de mi suerte, alegrándome de que me persiga por ese sendero, á ver si al cabo se avergüenza. Al anohecer me vuelvo á casa, y entro en mi escritorio: á la puerta me quito el traje aldeano; lleno de fango y lodo, me pongo vestidos reales y curiales, y hecho esto, entro en el tribunal de los hombres antiguos, donde, recibido por ellos bondadosamente, me nutro de aquel manjar, que es mio *solum*, y para el cual nael; y no me avergüenzo de hablar con ellos, y pedirles cuenta de sus acciones: ellos me corresponden con su humanidad, y durante cuatro horas no siento ningun fastidio, olvido todos los afanes, no temo la pobreza, no me asusta la muerte, confundo mi existencia con la suya.

« Como Dante dice que la ciencia no se alcanza sin tener lo que se ha oido, he cuidado de anotar el caudal que he reunido con su conversacion, y he compuesto un opúsculo *De principalibus*, donde me entrego cuanto puedo á meditaciones sobre este asunto, disputando qué cosa es el principado, de cuántas clases, cómo se adquiere, cómo se conserva, por qué se pierde. Si os agrada alguno de mis caprichos, este no os disgustará y deberá hallar acogida en un príncipe, particularmente si es nuevo; por eso lo dirijo al magnífico Julian. Felipe Casavechia lo ha visto, y os podrá decir lo que es, y cuánto hemos hablado en el asunto, sin embargo de que aun me ocupo en aumentarlo y pulirlo.

« He hablado con Felipe de mi opúsculo, discurriendo si convenia darlo ó no darlo; y en el primer caso, si convenia que yo lo llevase ó que lo enviase. El no darlo me hacia dudar que lo leyese Julian, ya que no otra cosa, y que este Ardinghelli se honrase con esta última obra mia. El darlo me era necesario, pues me voy arruinando, y no puedo permanecer así mucho tiempo, sin que me convierta por mi pobreza en un ser despreciable. Desearia que estos señores Médicis empezasen á emplearme, aunque fuese en hacer rodar una piedra; pues si luego no me captara su voluntad, no tendria que quejarme sino de mí mismo. Cuando se lea mi libro, se verá que los quince años que he estado estudiando el arte de gobernar, no los he pasado durmiendo ni jugando, y todos deberían servirse de uno que á expensas de los demas estuviese lleno de experiencia. No se debería tampoco dudar de mi fe, pues habiéndola observado siempre, no es natural aprenda ahora á quebrantarla. El que ha sido fiel y bueno euarenta y tres años, como yo, no debe poder cambiar de carácter: en cuanto á mi fe y bondad, para justificarlas basta con mi pobreza.

« Desearia que me escribiérais lo que opináis en esta materia; á vos me encomiendo. *Sis felix.*

« Die 10 decembris de 1513. Nicolas Maquiavelo. »

que aquel abandonó el poder, dirigió su discurso á Lorenzo, declarándose adicto á él, y pidiéndole socorros (1). Es libro de una prudencia del todo romana, inexorablemente lógica y egoísta, fundada en el derecho rígido. Dice que el tirano debe tener siempre en la boca las palabras justicia, lealtad, clemencia, religion; pero no dejar de obrar en sentido contrario siempre que le interese hacerlo; que las crueldades son necesarias en un gobierno nuevo, y que es preferible hacerse temer á hacerse amar, cuando ambas cosas no puedan conseguirse; que el objeto de los gobiernos es durar, lo cual se alcanza solo ensañándose con los hombres, « que son generalmente ingratos, amigos de disimular y pendencieros, de modo que conviene inspirarles el miedo de la pena. » Desaprueba el que se pase de la humildad á la soberbia, ó de la piedad á la ferocidad, cuando se ejecuta *sin los debidos medios* (Discurso I, 41); y dice que hasta pedir á uno las armas sin añadir: *Te quiero matar con ellas*, « pudiendo despues que se tienen en la mano satisfacer uno su apetito. » (Discurso I, 44.)

Maquiavelo expone todo esto con la frialdad de un algebrista, ó de un general que calcula cuántos miles de hombres se requieren para conquistar una posicion. Dice que el duque de Valentinois hizo « todo lo que cumplia á un hombre prudente y virtuoso para echar raíces en aquellos Estados que las armas y la fortuna de otro le habian concedido; » y concluye con estas palabras: « Considerando el conjunto » de todas estas acciones del duque, no puedo » censurarle; ántes bien me parece digno de » proponerlo como modelo á todos los que han » llegado al mando por fortuna y con las armas de otros (2). »

Los que han supuesto que escribió para infiltrar en los pueblos el odio al trono, mostrando la sangre y las lágrimas que destila (3), ó como hizo Sunderland con Jacobo II, á fin de que Lorenzo de Médicis cometiese tales excesos que convirtiese la paciencia en furor, han oido mas bien el sentimiento humano que

(1) « Acepte vuestra magnificencia este pequeño regalo con el mismo ánimo que lo envío; y en considerándolo y leyéndolo diligentemente, conocerá cuánto anhelo alcance vuestra magnificencia la grandeza que la fortuna y sus demas cualidades le prometen. Si vuestra magnificencia, desde el alto puesto que ocupa, se dignase dirigir alguna vez los ojos hacia estos humildes lugares, se cerciorará de la grande y continua diversidad de fortuna que soporto, sin ser acreedor á ella. »

(2) *Príncipe* VII.

(3) El primero, segun parece, fué Alberico Gentile, que en su obra *De legationibus*, VIII, 9, escribe: « Sui propositi non est tyrannum instituire, sed arcanis ejus palam factis, ipsum miseris populis nudum et conspicuum exhibere. » El cardenal Reinaldo Polo, que estuvo en Florencia pocos años despues de la muerte de Maquiavelo, dice que « muchos ciudadanos que habian sido amigos íntimos suyos, le dijeron que á los que le preguntaban, respondia siempre que habia seguido, no su propio dictámen, sino el modo de pensar de aquel á quien dedicaba el libro del *Príncipe*; porque, aborreciendo semejantes gobiernos, habia tratado constantemente de arruinarlos; de manera que si la persona á quien fué dirigido el libro, hubiese acogido ó puesto en ejecucion los preceptos, su reino hubiera durado muy poco, y se habria precipitado por sí mismo. » *Apologia ad Carolum V caesarem*: Brescia, 1774, t. I, p. 552.

la verdad y el acuerdo de las cosas. No cesa de aconsejar á los tiranos los modos como pueden irritar inútilmente. Ademas Maquiavelo se muestra en todas partes cual aparece en el *Príncipe*. En los *Discursos*, donde con frecuencia se refiere al *Príncipe* (III, 42, 9...), enseña abiertamente que la idea de la justicia nació de ver cuán útil era el bien y cuán nocivo el mal (1); que los hombres no ejecutan el bien sino por necesidad: mira como señal de grandeza de la república romana « el poder de sus ejecuciones y la calidad de las penas que imponia al que delinquia » (III, 49): proclama (III, 6) la máxima de los terroristas de 1793, segun la cual « en las ejecuciones no hay ningun peligro, porque el que muere no puede pensar en la venganza; » y dice que Rómulo no merece desaprobacion por haber matado á Tacio y á su hermano Remo. Refiere las traiciones con tal indiferencia que parece cómplice en ellas, y en la embajada al duque de Valentinois dice: « No sabria dar mejores preceptos á un príncipe nuevo que el ejemplo de las acciones del duque (2). » En la *vida de Castruccio*, novela histórica amoldada á los tiempos, no del héroe sino del narrador, dice que aquel « no trató nunca de vencer por la fuerza al que podia vencer por el engaño, pues sostenia que el triunfo es el que produce gloria, no el modo de alcanzarlo; » y cree que las acciones virtuosas y relevantes cualidades de Castruccio podian servir de grande ejemplo.

En todas sus obras muestra profunda indiferencia hacia las víctimas, y simpatía hacia el que vence, cualesquiera que hayan sido los medios empleados al efecto; para él es un mal la traicion si no consigue su fin; las conjuraciones deben evitarse solo porque á menudo se frustran, y vale mas arrepentirse de haber obrado que arrepentirse de no haber obrado. Reprende á los Florentinos el no haber destruido en 1502 la rebelde Arezzo y toda Val de Chiana, pues « cuando una ciudad peca contra un Estado, es preciso que el príncipe la destruya para ejemplo de las demas y seguridad de sí propio, » en otro caso se le reputa ignorante ó medroso (3). Cree que no puede subsistir una república sin luchas entre los grandes y la plebe, y que de estas luchas solamente nacen las leyes favorables á la libertad. Poco importa que un particular sea víctima de una injusticia; basta que la república esté resguardada de la fuerza extranjera y de las tramas de las facciones poderosas; por donde se ve

(1) « De aquí provino el conocimiento de las cosas honestas y buenas, diferentes de las perniciosas y malas; pues al ver que, si uno dañaba á su bienhechor, los hombres sentian compasion y odio, censurando á los ingratos y honrando á los agradecidos, pensando ademas que estaban expuestos á recibir aquellas mismas injurias, para evitar semejante mal, formaron leyes, se impusieron castigos á los transgresores; de donde se originó el conocimiento de la justicia. » *Deche*, I, 2

(2) Y en la XL de sus cartas familiares: « El duque de Valentinois, cuya conducta imitaria siempre, siendo príncipe nuevo... »

(3) *Deche*, II, 25.

que Maquiavelo considera lícita y buena la injusticia con tal que aproveche al público. Si se delibera acerca de la salud de la patria, no hay para qué cuidarse de que una cosa sea justa ó injusta, piadosa ó cruel, laudable ó ignominiosa (1). En efecto, esto es necesario si se quiere formar un Estado conquistador, pero no cuando se desea, como en las naciones modernas, un gobierno templado, un pueblo activo, que defienda su independencia, no las injusticias, y que de conseguiente necesite ofrecer garantías al trabajo, al progreso, á la libertad de todos.

En el siglo precedente se habia empezado á difundir la máxima desastrosa de que las cosas del Estado no deben regularse segun las leyes de la moral ordinaria y las reglas del derecho particular. Debilitada luego mas cada dia la autoridad espiritual y disminuidas las verdades de la fe, el adormecimiento de la conciencia pública preparaba el camino del despotismo. Maquiavelo formuló aquellos teoremas, y suponer en el *Príncipe* una intencion opuesta á la que aparece, equivaldria á creer que Aristóteles habla irónicamente cuando sostiene el derecho de la esclavitud: del mismo modo que esta se tenia por una cosa natural en Grecia, así en tiempo de Maquiavelo se juzgaban naturales la traicion y la perfidia; la política no era la ciencia de los derechos de los príncipes, sino accion y experiencia, arte de dominar bien ó mal, de conservarse á toda costa: la habilidad de un gran personaje no consistia en arrostrar el peligro, sino en hacer caer en él al enemigo, en perseverar en los odios disimulándolos, en procurar que el semblante no revelase los sentimientos del corazon, en velar con dulces palabras atroces designios.

Esto no se pensaba ni hacia únicamente al otro lado de los Alpes; y á la manera que Leon X dió un salvoconducto al cardenal Petruccio, y en cuanto llegó le prendió y mandó dar muerte, del mismo modo que el duque de Valentinois sorprendió, engañándoles con seguridades de paz, á los tiranuelos de Romanía, así hemos visto á Carlos V prometer que cederia el Milanesado, y negarse luego á ello; á Francisco I renunciar la Borgoña, guardársela otra vez y ser exhortado por muchos á sorprender al emperador en su tránsito por Francia; al gran Gonzalo de Córdoba jurar sobre la hostia al duque de Calabria dejarle retirarse donde quisiese, y despues prenderle; convidar al duque de Valentinois y en seguida enviarle en calidad de prisionero á España; á Fernando el Católico llamar á Madrid al Gran Capitan so pretexto de honor y tenerle arrestado; é informado posteriormente de que Luis XII se quejaba de que le habia engañado dos veces, exclamó: « Miente el bellaco, le he engañado » mas de diez. » Hemos visto tambien á los Suizos abandonar el servicio con frecuencia en el momento decisivo; al cardenal de Sion en-

(1) *Deche*, III, 44.